

en servicio de su causa política por el rey ó por el parlamento segun le convenia.

Cuando estos medios no eran suficientes, es decir, cuando la accion debia salir de la esfera de poderes legales y reconocidos, el espíritu de asociacion tradicional y poderoso en el país establecia prontamente entre los condados, ciudades, partes diversas del territorio ó clases diversas de la sociedad, relaciones directas y eficaces en virtud de las cuales se organizaban otras nuevas asociaciones libres y momentáneas que imponian contribuciones, reclutaban soldados, formaban juntas, y por medio de ellas atendian á todas las necesidades materiales del partido político que habian abrazado.

En el seno de una asociacion de este género, la que los cinco condados unidos del Este formaron para defender el parlamento, fue donde Cromwell manifestó los primeros síntomas de su fuerza, y estableció los primeros cimientos de su poder.

En una sociedad dispuesta y organizada de tal modo, la guerra civil no ofrecia nada de extraño, ni impracticable. No tardó por lo tanto en estenderse á todo el país, unas veces sostenida por los agentes del rey ó del parlamento y otras por espontánea voluntad de todos los ciudadanos, que sin vacilacion de ningun género se lanzaban á la lucha como á ejercer un derecho y cumplir con un deber. Ambos partidos estaban profundamente convencidos de la justicia y de la grandeza de su causa, y hacian en obsequio suyo esos esfuerzos y sacrificios que dan sublimidad al ánimo aun en el mismo instante de estraviarlo y comunican á la pasion las apariencias y alguna vez hasta los méritos de la virtud. No por eso se entienda que faltase virtud á ninguno de los dos partidos. Los caballeros, si bien no sin falta de razon eran tachados de violentos y licenciosos, presentaban en sus filas algunos de los mas perfectos modelos de aquellas costumbres grandes y generosas que campearon en antiguas familias ilustres por su patriotismo sin exigencias y por su dignidad en la sumision. Los puritanos con su orgullo y dureza hacian un inapreciable servicio á su patria estableciendo en ella la austeridad de la vida privada y la santidad de las costumbres domésticas. Combatian ambos partidos con encarnizamiento, mas no por eso echaban en completo olvido, ni aun en el mismo seno de la lucha, los sentimientos propios de otras épocas pacíficas y normales. Sus combates constituian una guerra civil ardiente, obstinada, llena de violencias y calamidades pero exenta de sangrientos motines, de matanzas judiciales y otros cínicos y

bárbaros excesos. Las costumbres generales de la poblacion contribuyeron á que la guerra estuviera sin cesar contenida en ciertos límites de derecho y de la humanidad.

Conviene hacer cuanto antes esta justicia á los partidos, pues las virtudes de estos son frágiles y de corta duracion cuando se hallan espuestas á tener que luchar con el huracan de las revoluciones. Desgraciadamente á medida que la guerra civil se prolongaba se fueron debilitando el respeto de los derechos y los sentimientos justos y generosos. Fuéronse desenvolviendo las consecuencias naturales en el estado de revolucion, y con ellas las ideas y los hábitos legales y de moralidad se fueron al par desvirtuando en uno y otro partido. El rey carecia de recursos pecuniarios: sus secuaces se entregaron á un desenfrenado pillage. Las contribuciones que el parlamento imponia no alcanzaban á cubrir las necesidades de la guerra: por eso en todos los condados estableció un sistema de confiscacion mas ó menos embozada que con el nombre de bienes de los *delincuentes* ponía á su disposicion las rentas y hasta las fincas de sus enemigos y venia á ser inagotable fuente de riqueza para sus partidarios. En medio de tan general y no interrumpido desorden, en medio de los abusos de la fuerza, y de los excesos de la desgracia no podia faltar de continuo estímulo á las malas pasiones, ni quedar ningun deprabado deseo sin esperanzas. El odio y el afan de vengarse dominaba en las almas enérgicas, asi como las débiles eran presa del temor y la bajeza. El parlamento que pretendia obrar en nombre de las leyes y servir al rey al mismo tiempo que lo combatia, estaba reducido á espresarse aun en medio de sus actos mas violentos en un lenguaje lleno de falsedad y de hipocresia. No faltaban realistas que desconfiando de las ulteriores miras del monarca, viéndose obligados á sacrificios superiores á sus fuerzas, y siendo cada vez mas problemática la victoria de su partido, sentian que gradualmente iba estinguéndose su adhesion y se sometian por desaliento ó se indemnizaban con la impunidad de sus excesos. La mentira, la violencia, la codicia, la pusilanimidad y el individualismo bajo todas sus formas hacian rápidos progresos entre los que habian tomado una parte activa en la lucha, en tanto que la poblacion, que solo asistia al combate desde lejos, tampoco podia librarse de la detestable influencia del espectáculo revolucionario y poco á poco iba perdiendo sus nociones de derecho, deber, justicia y virtud, ó no las tenia ya sino de un modo vago y oscuro.

Esa parte de la poblacion padecia al mismo tiempo horribles pérdi-

das en sus intereses materiales. La guerra desarrollada ya en todas partes, y en todas igualmente desordenada, producía estragos sin cuento así en las ciudades, como en las campiñas, y destruía la subsistencia, ó la esperanza y la industria del pueblo. Las providencias del parlamento, en especial las del ramo de Hacienda, eran explotadas por las enemistades é intrigas locales de manera que acababan de producir el desorden y el desprecio en la propiedad territorial. Ninguna seguridad había para los negocios del momento, ni para las especulaciones del porvenir. La vida civil se veía dolorosamente afectada hasta en el seno de aquellas familias que más distantes se hallaban de la lucha política. Y como por lo regular el temor va más allá de los límites del sufrimiento, el país gemía dominado de una ansiedad más general y más penosa todavía que la triste realidad.

No se hizo esperar mucho tiempo la explosión de sus temores y sus deseos. La guerra estaba aun en el período de más efervescencia, cuando el grito de *Paz! Paz!* resonaba en las mismas puertas del parlamento, y en su recinto se recibían frecuentes peticiones demandándola. Para presentar estas peticiones solían reunirse grupos tan numerosos y animados que más de una vez tuvo que intervenir la fuerza para disolverlos.

En el mismo seno de la cámara baja donde casi no existía ya ningún realista antiguo, se iba en nombre de la paz formando otro nuevo partido monárquico, que tenía buen cuidado de no desperdiciar ninguna ocasión de ponderar la necesidad de entablar negociaciones con el rey. No produjeron estas buen resultado por las intrigas de los realistas ó parlamentarios que no deseando la paz no querían hacer las concesiones necesarias para establecerla y por la impericia ó debilidad de los que deseando la paz no se atrevían á querer sus condiciones. La guerra civil proseguía á pesar de haberse desorganizado ya el partido que la encendió: en el parlamento renacía la lucha en pro y en contra de la revolución.

El pueblo, particularmente el agrícola no contentándose con pedir la paz al parlamento trató de imponerla, á lo menos localmente, por sus propias manos á los dos partidos. Formáronse asociaciones y se pusieron en movimiento cuerpos armados manifestando que ni á los realistas ni á los parlamentarios dejarían impunemente asolar sus campiñas, y que igualmente se batirían con los unos que con los otros. Fue este movimiento una especie de neutralidad armada en medio de la guerra: fue una tentativa vana; mas por ella pudo inferirse con toda claridad cuanto

daño causaba á los intereses del país el encarnizamiento de los dos partidos que estaban en lucha.

En tanto que la guerra fue violenta y de éxito dudoso, esos padecimientos é impresiones del pueblo, si bien le hacían vivamente suspirar por una reacción pacífica, no le impelían sin embargo hácia el rey sino de un modo tibio y vacilante. Acusábanlo de obstinación y falsedad. Lamentábanse amargamente de sus maquinaciones secretas con la reina y con los católicos, que por lo general eran apasionadamente odiados y temidos, y á él le achacaban por lo menos tanto como al parlamento los males y la prolongación de la guerra. Cuando esta llegó á su término, es decir, cuando el rey cayó en manos de los parlamentarios la reacción pacífica tomó más decidida y generalmente un carácter realista. El monarca no podía ya hacer nada, y sabía soportar con dignidad la desgracia; el parlamento por el contrario podía hacer cuanto quisiera y sin embargo no trataba de dar un término á los males del país: sobre el parlamento debía pues caer la responsabilidad. A él se dirigían los descontentos, las esperanzas burladas, las sospechas, las iras, las maldiciones del momento, y los terrores del porvenir.

Impelidos por ese sentimiento nacional, ilustrados por la gravedad del peligro los reformadores políticos, los más notables sostenedores de la revolución en el parlamento, y en pos de ellos una parte de los innovadores religiosos, los presbiterianos, enemigos de la iglesia episcopal, pero no de la monarquía, hicieron un esfuerzo supremo para establecer definitivamente la paz con el rey y terminar al mismo tiempo la guerra y la revolución.

Al dar este paso obraban con sinceridad, no cabe duda que sus deseos eran vehementes; mas aun conservaban las preocupaciones y las exigencias revolucionarias que tantas veces se habían opuesto á la realización de la paz. Mediante las condiciones que imponían al soberano venían á pedirle que sancionase sus planes de destrucción de la monarquía y de la iglesia, es decir que con sus régias manos consumara la ruina del edificio que constituía su seguridad y era depositario de su fé.

Habían proclamado y puesto en práctica el principio de la soberanía directa de la cámara de los diputados, y ahora cuando á su vez se veían obligados á resistir las oleadas del pueblo se admiraban de no encontrar el apoyo y la fuerza de otro tiempo, sino desconfianza y hostilidad en aquella alta aristocracia y en aquella iglesia que tanto habían desacreditado y combatido!

Mas aun cuando hubieran conseguido establecer la paz con el rey, la paz habria sido vana. Era ya demasiado tarde para contener la revolucion y demasiado pronto para traerla á su objeto verdadero y nacional. Aquel período era el triste momento en que principiaba la accion de la justicia divina; sólo era bueno para recoger saludable enseñanza. Asi que los principales sostenedores del movimiento trataron de volver á construir el edificio que habian derribado, se levantó de entre las ruinas el partido verdaderamente revolucionario que mirando con soberano desprecio la nueva prudencia de aquellos los arrojó del parlamento, condenó el rey á muerte y proclamó la república.

Dos siglos han pasado desde que la república de Inglaterra derribó la cabeza de Carlos I para caer tambien ella á su vez casi súbitamente en el suelo regado de aquella sangre. Aun hace poco que la república francesa dió al mundo el mismo ejemplo. ¿Cómo dicen pues que aquellos grandes crímenes fueron actos de gran política, exigidos por la necesidad de establecer las repúblicas, siendo así que estas apenas les sobrevivieron algunos dias?

Pretension es de la locura y de la perversidad humana el cubrirse con el velo de la grandeza. Ni la verdad histórica, ni el interés de los pueblos pueden tolerar semejante mentira. El espíritu de fé y de libertad religiosa se habia en algunas sectas convertido en un fanatismo arrogante, pendenciero, intratable á toda autoridad y que no se hallaba bien avenido sino con los desbordamientos de independencia y con los arrebatos del orgullo. Por efecto de la guerra civil esos sectarios se habian convertido en soldados murmuradores y leales á un mismo tiempo, entusiasmados y disciplinados. Como la mayor parte de ellos habian salido de las clases y profesiones populares gozaban ávidamente del placer de mandar, dominar y de creerse y llamarse á sí mismos instrumentos especiales y poderosos de la voluntad y justicia de Dios. Unas veces valiéndose del entusiasmo religioso, otras de la disciplina militar y otras del espíritu democrático Cromwell llegó á merecer la confianza de aquellos hombres, y se hizo jefe suyo.

Despues de haber este hombre memorable gastado su juventud entre aberraciones de un temperamento fogoso, entre arrebatos de una piedad ardiente é inquieta, y en servicio de los intereses y deseos del pueblo que le rodeaba, así que la alta política y la guerra le ofrecieron ocasion, se lanzó apasionadamente hácia ellas, como hácia el único campo donde podia desarrollarse y satisfacerse completamente. Manifestóse desde en-

tonces como el mas fogoso de los sectarios, el mas activo de los revolucionarios, y el mas hábil de los soldados. Igualmente dispuesto y enérgico para hablar, para rogar, para conspirar y para combatir; expansivo, pero con un abandono lleno de prestigio; mentiroso en caso necesario con una procacidad capaz de llenar de admiracion y desconcertar á sus enemigos; apasionado y grosero; temerario y sensato; místico y materialista; sin límites en las perspectivas de la imaginacion; sin escrúpulo en las necesidades de la práctica; no reparando en medios para triunfar; discerniendo antes que nadie y aprovechando todas las conjeturas é inspirando á todos, amigos ó enemigos, el convencimiento de que ninguno conseguiria, mas ni avanzaria tanto como él, Cromwell supo grangearse la confianza de un partido, cuyo carácter en general tenia algunos puntos de contacto con el suyo.

A tal partido, guiado por tal hombre, solo la república podia convenir. Este era el sistema capaz de dar satisfaccion á sus pasiones, abrir campo á sus esperanzas, y asegurarles los intereses que por medio de la guerra civil se habian creado. Ese era el gobierno que entregaba el país en manos del ejército por el talento de su general, y daba á este el imperio por la complicidad disciplinada de sus soldados.

El respeto debido á la sinceridad, al talento, y á las desgracias no me permiten manifestar todo lo que pienso de ciertos hombres notables en aquella época, y que tambien fueron partidarios de la república mas bien por sistema político y segun los modelos de la antigüedad, que por fanatismo religioso. Sidney, Vane, Ludlow, Harrington, Hutchinson y Milton... fueron ciertamente espíritus elevados, corazones de temple y henchidos de noble ambicion en obsequio de su patria y de la humanidad; mas al propio tiempo fueron tan poco juiciosos, ó mejor dicho tan locamente orgullosos que nada aprendieron en el poder, ni durante el período de la desgracia. Crédulos como niños, obstinados como ancianos y dejándose deslumbrar por sus esperanzas hasta el punto de no conocer ni sus faltas, ni sus peligros, en el mismo momento en que por su propia y anárquica tiranía echaban los cimientos de otra tiranía mas bien organizada y enérgica, se imaginaron que estaban estableciendo las bases del mas libre y glorioso de los gobiernos.

Fuera de esas sectas regimentadas y de esas pandillas elevadas á parlamento, nadie en Inglaterra queria la república. Semejante sistema estaba en oposicion con las tradiciones, costumbres, leyes, afectos, intereses normales, con el buen orden y con el buen sentido moral del país.

Irritados y recelosos los partidarios de Cromwell de esa manifiesta aversion del público hácia sus planes, se imaginaron que para establecer un sistema de gobierno que tanto repugnaba á la generalidad era preciso probar desde el momento por medio de un golpe terrible é inevitable su fuerza, y consolidar de este modo su derecho. Prometiéronse consagrar la república sobre el cadalso de Cárlos I.

Pero la vista de los revolucionarios (aun trantándose de los mas diestros) es corta. Embriagados por la pasion ó dominados por la necesidad del momento no alcanzan á ver que lo que hoy constituye su triunfo constituirá mañana su sentencia. Mediante el suplicio de Cárlos I cayó en manos de los republicanos y de Cromwell la Inglaterra como afectada de estupor. Pero la república y Cromwell quedando heridos de muerte de resultas del mismo golpe no fueron desde aquel momento mas que un régimen violento y efimero estigmatizados con aquel sello de iniquidad suprema que condena á inevitable ruina los poderes mas fuertes y mas ostentosos.

Nada omitieron los jueces de Cárlos I para quitar á su acto ese fatal carácter y presentarlo como una justicia divina de cuya ejecucion estaban encargados. Cárlos habia intentado establecer el gobierno absoluto, y sostenido la guerra civil. Muchos eran los derechos que se habian violado y mucha la sangre derramada con arreglo á sus órdenes y á su voluntad. Sobre él descargaron todo el peso de la tiranía y de la guerra; pidiéronle cuenta de todas las libertades oprimidas y de toda la sangre derramada, crimen sin nombre que solo podia espíarse con su muerte. Mas no es posible alucinar hasta ese punto la conciencia de un pueblo aun cuando se halle afectada de turbacion y de espanto. Otros además del rey habian oprimido y ensangrentado el país. Si el rey habia violado los derechos de sus súbditos, tambien á su vez habian sido atacados, invadidos y violados los derechos de la monarquía, antiguos, escritos en las leyes, y necesarios para el sostenimiento de las libertades públicas. Ciertamente es que habia hecho la guerra, pero en defensa suya. ¿Quién ignoraba que en el acto de decidirse el monarca á hacer la guerra, la estaban preparando contra él para obligarle á entregar despues de tantas concesiones lo poco que aun le quedaba de sus derechos y de su poder, últimos restos del gobierno legal del país? Y ahora que el monarca habia sido vencido lo juzgaban, y condenaban sin ley, contra toda ley, por actos que ninguna ley habia nunca previsto ni calificado de crimen, actos que nunca la conciencia del rey ni del pueblo se habian imaginado que entraban en la ju-

risdicion de los hombres ni debieran ser castigados por sus manos. ¡Qué indignacion, que repugnancia se habria generalmente manifestado si el mas oscuro de los ciudadanos hubiese sido tratado de ese modo, y se le hubiera sentenciado á muerte por crímenes calificados despues de cometidos, y por supuestos jueces que ayer eran sus enemigos, hoy sus rivales y mañana sus herederos! ¡Y ese atentado que ninguno se habria atrevido cometer contra el mas insignificante de los ingleses, cometieronlo contra el rey de Inglaterra, contra el jefe supremo de la Iglesia y del Estado, contra el representante y símbolo de la autoridad, del orden, de la ley, de la justicia y de todo lo que en la sociedad humana toca en el límite y reproduce la idea de los atributos de la divinidad!

No hay fanatismo tan ciego, ni política tan perversa que en el momento mismo de su triunfo no haya visto brillar en sus inmediaciones alguna luminosa ráfaga, alguna protesta solemne é inesperada por parte de la conciencia humana. Dos republicanos, de los cuales uno estaba inscrito entre los jueces del rey, y ambos eran un título de gloria para el partido, Vane y Sidney, no quisieron sea por escrúpulo, sea por prudencia, actuar en el proceso y se marcharon de Lóndres para no figurar ni siquiera como testigos. Cuando la cámara de los diputados como soberana absoluta nombró el consejo de Estado republicano veinte y dos de los cuarenta y un miembros nombrados para formarlos se negaron rotundamente á prestar el juramento que contenia una aprobacion de la sentencia del rey y Cromwell al frente de los republicanos regicidas tuvo que resignarse á aceptar como colegas á los que por ningun precio querian ser considerados como cómplices suyos.

El nuevo sistema de gobierno no encontró por de pronto mas que una resistencia pasiva, pero general.

Seis de los doce grandes jueces se negaron absolutamente á seguir desempeñando sus funciones y los restantes aceptaron su encargo con la precisa condicion de administrar justicia con arreglo á las antiguas leyes del país. El parlamento republicano tuvo que avenirse á esta condicion.

Se habia mandado que la república fuera proclamada en la municipalidad de Lóndres: el lord alcalde se negó á hacerlo. Fue relevado y puesto en prision; sin embargo, hacia ya tres meses que un nuevo lord desempeñaba aquel destino cuando se verificó la proclamacion, debiendo notarse que muchos aldermanes se negaron á presenciar el acto. Se procuró autorizar la ceremonia con la asistencia de la tropa y á pesar de eso

no fue posible reprimir enteramente los insultos del pueblo. Se dió nueva organizacion al consejo municipal, y muchos de los nuevos miembros se negaron á admitir el cargo, por lo cual no hubo mas remedio que autorizar las sesiones del consejo aunque fuese muy reducido el número de los que tomaran parte en las deliberaciones. Poco faltó para que el gobierno se creyera obligado á tener que abolir las franquicias de la municipalidad.

Cuando se trató de acuñar moneda republicana el director del ramo se negó á verificarlo, y se grangeó la destitucion de su empleo.

Exigióse de los funcionarios civiles y eclesiásticos que gozaban de algun beneficio, un juramento de fidelidad á la república tan sencillo é inofensivo cuanto fue posible redactarlo, y hubo millares de sujetos que abandonaron sus puestos por no prestarlo. La asamblea eclesiástica reunida en Lóndres al hacer poco mas de un año de la instalacion de la república, declaró formalmente que no debía prestarse aquel juramento. Impúsole el gobierno á las universidades de Oxford y de Cambridge, y de resultas hicieron renuncia de su empleo los miembros mas distinguidos de aquellas corporaciones.

Se mandaron destruir en toda la nacion las armas de la monarquía donde quiera que estuviesen. Apenas pudo conseguirse que se ejecutara esta orden en ninguna parte, á pesar de haberla reiterado con frecuencia. Hacia ya dos años que se habia establecido la república y tuvo que repetirse la orden en todas partes imponiendo á las municipalidades la responsabilidad y los gastos de la ejecucion.

Finalmente dos años habian ya trascurrido desde la decapitacion del monarca cuando el parlamento republicano se atrevió á votar formalmente que los jueces y ejecutores de aquel acto habian cumplido con su deber, aprobó todos sus actos y mandó que se tomara nota de ellos en los archivos del parlamento.

Jamás pueblo alguno vencido por una faccion revolucionaria y sometido sin insurreccionarse á las consecuencias de una derrota negó mas solemnemente á los vencedores su adhesion y su consentimiento.

No tardaron en unirse á la resistencia pasiva del país contra la república los ataques directos de los enemigos de esta, saliendo los primeros del seno de los mismos republicanos.

Tanto en el siglo xvii como en el presente se encubrian bajo el nombre de república ideas, designios y partidos profundamente diversos. Detras de los reformadores del orden político, venian los reformadores del

orden social, y en pos de estos los destructores de todo orden y de toda sociedad. La república establecida segun las ideas de Sidney y de Milton no podia contentar las pasiones ni las exigencias del fanatismo religioso ni del espíritu democrático tanto mas ciegas y desenfrenadas cuanto mas se fuera descendiendo en las últimas clases de la sociedad. Aparecieron los llamados *niveladores*: los comunistas se presentaron en escena. Solo seis meses contaba de existencia la república cuando en las inmediaciones de Lóndres y del parlamento cuatro insurrecciones de soldados sectarios, provocadas y sostenidas por una esplosion no interrumpida de folletos, sermones y asambleas populares daban evidente testimonio de la anarquía que fermentaba en su seno y de los peligros que amenazaban al gobierno.

El partido realista tardó mas tiempo en manifestarse hostilmente. Sus pasadas derrotas, la catástrofe del rey y la compresion violenta que estaba sufriendo, lo tenian reducido á un estado de postracion. No tardó sin embargo en recobrar nueva vida y nuevas esperanzas al ver las disensiones de sus enemigos y al comprender la evidente repugnancia del pueblo hácia el nuevo orden de cosas. Siete conspiraciones é insurrecciones tramadas en el espacio de dos años por los realistas puros ó por los realistas presbiterianos, enemigos ardientes de la república, dieron claramente á entender á los jefes de esta, que no habian derribado el imperio de la monarquía con el mismo golpe que derribaron la cabeza del monarca.

Sucesivamente se fueron estableciendo secretas correspondencias entre los realistas y los conspiradores republicanos, es decir, entre los caballeros y los niveladores. Todos conspiraron de consuno. El odio general hace enmudecer todas las parciales enemistades.

Y en tanto que Inglaterra luchaba en esa apasionada anarquía, Escocia é Irlanda, ambas realistas, aunque por motivos y con sentimientos muy distintos, rechazaban solemnemente la república, proclamaban rey á Carlos Estuardo, llamaban á su territorio y ponian al frente de su gobierno la Escocia al mismo Carlos, y la Irlanda á sus representantes, haciendo ambas la guerra para restablecerlo.

En medio de esa dislocacion de los tres reinos, en medio de aquellas maquinaciones contrarias y uniformes, frustradas y reproducidas, pero generales en todos los puntos del territorio, en medio de aquellas esperanzas y temores, de aquellas ambiciones y de aquellas intrigas de todos los partidos, se relajaron los vínculos sociales, y todos los resortes del